

jeros, en 2005 los diocesanos doblaban a los regulares y entre éstos los nativos superaban ya a los foráneos, según manifiestan las estadísticas de las páginas 517-20. En el mismo periodo las diócesis se multiplicaron por tres, subiendo de 100 en 1940 a 294 en 2003.

Con todo, no todo han sido triunfos. Todo parece indicar que ni la relación personal con Dios, requisito indispensable de toda vida cristiana, ni los aspectos morales ni la apertura a la trascendencia, ni las orientaciones de la curia romana han recibido la necesaria atención. La equiparación de los obispos brasileños de esta época con los padres del siglo IV (530) me parece una exageración que no merece comentario. En 1950 los católicos constituían el 93,5% de los brasileños; en 1991 habían bajado al 83,8% y en 2003 al 73,9%.

El libro concluye con unos cuadros estadísticos sobre la evolución de la Iglesia en todas y cada una de las naciones de América Latina desde el año 1950 hasta el 2000. Tienen en cuenta el número de habitantes, el número y porcentaje de católicos, el de diócesis y obispos, con indicación de su pertenencia al clero secular o regular, así como el de religiosas y seminaristas, y las fundaciones sociales, es decir, hospitales, centros de salud, orfanatos, jardines de infantiles etc.

Ángel MARTÍNEZ CUESTA

X Fabrizio CANNONE, *Il papa scomodo. Storia & retroscena della beatificazione di Pio IX*. Prefazione di Roberto Mattei, Milán, Edizioni Ares, 2012. 445 pp.; 190 x 130 mm.

Pío IX continúa siendo un papa *scomodo*, un signo de contradicción, sobre todo en Italia. En el mundo occidental se le asocia con la intolerancia de la Iglesia y se le reprocha su enfrentamiento frontal con la cultura moderna. El *Syllabus*, la promulgación del dogma de la Infallibilidad Pontificia y, en general, su actitud antiliberal siguen suscitando repulsa aun entre los católicos. En Italia, donde su nombre está indisolublemente unido a la lucha por la unificación de la patria, es execrado por publicistas, políticos, hombres de letras y aun por la historiografía que aún no ha logrado desprenderse del nacionalismo que domina a la mayoría de sus cultivadores. Pero junto a ellos siempre ha habido una minoría que lo ha escogido por bandera o, al menos, lo ha mirado con simpatía y se ha esforzado por comprender las razones, casi siempre, de orden religioso, que guiaron su actuación al frente de la Iglesia. A lo largo de los últimos decenios, ha sido el blanco de quienes interpretan el concilio en clave de ruptura con la tradición eclesial. Esa hostilidad ha impedido una justa valoración de su pontificado y ha lastrado el desarrollo de su proceso de beatificación. Los progresistas de los últimos decenios la veían como una desautorización del concilio y consideraban su asociación con la de su carismático promotor como una profanación. En 1962 un simple rumor sobre su posible beatificación provocó una reacción semi-histérica en un teólogo de la talla de Congar: «Me dice [Guitton] que se está considerando seriamente la beatificación de Pío IX [...] Cuanto más pienso en ello, más me persuado de que Pío IX ha sido un hombre mezquino y ruinoso. Es el principal

responsable de la actitud negativa que durante estos 60 años ha gravado el catolicismo francés. Cuando los acontecimientos le invitaban a abandonar la horrible mentira de la «Donación de Constantino» y a asumir una actitud evangélica no advirtió esa llamada y sumió a la Iglesia en la reivindicación del poder temporal...». Semejante fue la reacción de la revista *Concilium*, al menos en su edición francesa, cuando el año 2000 Juan Pablo II dio por terminado el proceso y procedió a beatificarlo: «La béatification de Pie IX nuit grandement à l'Église catholique; elle fait douter beaucoup d'hommes et de femmes de l'authenticité des actions de l'actuel gouvernement de l'Église pour la réconciliation et pour davantage de vérité dans le monde» (p. 295). Sin embargo, para otros «la proposizione congiunta da parte di Giovanni Paolo II, papa del Concilio, di Pio IX e di Giovanni XXIII ai cattolici del terzo millennio vuol dire, secondo l'evidente *mens* del Papa, che il Concilio Vaticano II non può essere assolutizzato a discapito dei concili precedenti e del loro insegnamento tradizionale, come si tentò da parte di taluni ambienti ecclesiali, o che tra il *prima* e il *dopo* Vaticano II ci sia una soluzione di continuità, quasi che il magistero pre-conciliare abbia ormai perso di valore o di significato, ma proprio il contrario. Tutta la Chiesa, sembra dire il papa, deve riconoscersi nel Vaticano II, convocato dal *beato* Giovanni XXIII, e tutta la Chiesa deve riconoscersi nel Vaticano I (e nella Tradizione) convocato dal *beato* Pio IX» (38).

Esa contraposición de pareceres ha movido al profesor Cannone a analizar con atención y rigor, primero, su fama de santidad, tanto en vida (41-95) como en los lustros que siguieron a su muerte (97-148), y, luego, el desarrollo de su proceso desde su apertura en 1907 hasta su conclusión provisoria en septiembre del 2000. Durante años ha estudiado su vida espiritual, sobre todo durante su juventud y madurez, es decir durante los años anteriores a su promoción al solio pontificio tal como aparece reflejada en la documentación histórica reunida durante el proceso y en los testimonios de los 243 testigos llamados a declarar entre 1907 y 1922. Ello le ha permitido llegar a las raíces espirituales de sus opciones político-culturales y explicar las diversas etapas que hubo que recorrer hasta llegar a su beatificación. Hubo momentos en que el proceso avanzó con normalidad e incluso con rapidez y otros en que no dio un paso. El autor no se contenta con constatar la existencia de esas etapas, sino que intenta darles una explicación. Los momentos de estancamiento y parálisis no habrían obedecido a dudas sobre la santidad de su vida, que nunca fue cuestionada, sino a motivos de oportunidad política. Su inmediato sucesor León XIII (1878-1903) le dio repetidas muestras de aprecio a lo largo de su pontificado, pero se negó a incoar el proceso, desoyendo las voces que comenzaron a sonar a los pocos días de su muerte. Una de las primeras solicitudes la firmó el episcopado véneto el 24 de mayo de 1878 (105-06). El autor compara el entusiasmo popular que se suscitó a su muerte con el que se creó a la muerte de Juan Pablo II. León XIII no creyó oportuno secundarlo por no agravar todavía más su confrontación con el gobierno italiano.

Pío X, más ajeno a las razones de la política y más interesado en la vertiente espiritual de su ministerio, no tuvo dificultades para promover la glorificación de un papa, a quien había admirado de sacerdote y en el que podía encontrar orientación para su plan de restauración religiosa. En 1904, al año de su elección, dispuso que se comenzara a recoger el material necesario y en 1907 introdujo formalmente la causa con el nombramiento de los oficiales que habrían de llevarla a cabo. El postulador, monseñor Antonio Cani, redac-

tó una amplia relación sobre su vida y virtudes, que quedó recogida en 425 artículos. Ellos serían la base del interrogatorio propuesto a los testigos que habían de declarar tanto en el proceso principal celebrado en Roma desde 1906 a 1922 como en los rogatoriales de Sinigaglia, Spoleto, Ímola y Nápoles entre 1908 y 1916. En ellos se recogió una mole inmensa de material y se oyó a 243 testigos *de visu vel auditu*. El autor recuerda las publicaciones y testimonios más significativos (168-86). En páginas anteriores había documentado el apoyo a la causa de cuatro publicaciones periódicas de Italia: *L'Osservatore Romano*, la *Civiltà Cattolica*, *La Scienza e la Fede* de Nápoles y *L'Unità Cattolica* de Turín (101). Durante el pontificado de Pío XI y los primeros años del de Pío XII el proceso se estancó, en parte debido al interés de este último papa por llevar a los altares a Pío X. Sólo a partir de su canonización en 1954 vuelve a pensar seriamente en él. Se publican entonces los decretos sobre la introducción de la causa (13 diciembre 1954), *de non cultu* (18 febrero 1955) y validez del proceso apostólico (15 mayo 1957). En el pontificado de Juan XXIII, que en algún momento pensó en la beatificarlo durante el concilio, se nombró ponente de la causa (1960) y se celebraron las congregaciones *antepraeparatoria* (2 octubre 1962), *super scriptis* (8 febrero 1963) y la *praeparatoria super virtutibus* (28 mayo 1963), aprobada ésta por su sucesor el próximo 4 de julio. Con Pablo VI la causa experimentó una nueva pausa que sólo comenzó a superar con la substitución del postulador Alberto Canevari (1954-70), de orientación un tanto integrista, por el profesor Antonio Piolanti, que le dio un nuevo giro. Entre 1972 y 1998 fomentó el estudio científico de su vida y reunió a no pocos historiadores en torno a la revista cuatrimestral *Pío IX* (1972-98). Al final de su vida Pablo VI cambió de actitud y en 1978 aprovechó el centenario de la muerte de su predecesor para ensalzar su figura. En julio de 1985 Juan Pablo II, desechando las reservas de algunos peritos y la abierta hostilidad del jesuita Giacomo Martina, su principal biógrafo, publicó el decreto sobre la heroicidad de sus virtudes, el 20 de diciembre 1999 aprobó un milagro que se remontaba a los primeros años del siglo XX, y el 3 de septiembre del 2000 lo elevó a los altares a la vez que a Juan XXIII, al arzobispo Tomás Reggio, al sacerdote Guillermo Juan Chaminade y al monje Columba Marmion. En la homilía explicó el sentido de su glorificación y colocó a todos en su contexto histórico: Son «cinco personalidades diversas, cada una con su fisonomía y su misión, pero todas unidas por la aspiración a la santidad. *Es precisamente su santidad lo que reconocemos hoy*: santidad que es relación profunda y transformadora con Dios, construida y vivida en el compromiso diario de adhesión a su voluntad. *La santidad se vive en la historia*, y ningún santo está exento de las limitaciones y los condicionamientos propios de nuestra humanidad. Al beatificar a un hijo suyo, la Iglesia *no celebra opciones históricas particulares realizadas por él*; más bien, lo propone como modelo a la imitación y veneración *por sus virtudes*, para alabanza de la gracia divina que resplandece en ellas».

El autor narra estos avatares con riqueza de particulares y trata de encuadrarlos en su contexto histórico. Las 650 notas que enriquecen el volumen, algunas bastante extensas, dan fe de su esfuerzo por documentarse. También ha intentado mantener la objetividad propia del historiador, pero sin ocultar nunca su simpatía por el protagonista de su libro ni renunciar a distanciarse de quienes continúan juzgando su actuación con criterios ajenos a la religión.